

derse el tráfico algunos instantes en muy transitadas arterias de las grandes urbes norteamericanas, para que pase sin peligro un niño, ¡su majestad el niño!

La fe absoluta que el chiquillo estadounidense tiene en todos los seres que le rodean, aún aquellos ajenos a su familia, forma en él actitudes de espíritu que le son habituales el resto de su vida y a menudo lo llevan al triunfo. No ha tenido que temer el rigor de sus padres, la indiferencia casi hostil de los extraños, la palmeta del maestro, las amenazas pavorosas de las «personas serias», etc.

Aun las insignificantes transgresiones de los chiquillos a los reglamentos de policía, son vistos allá con una lenidad que no se opone a la tarea cívica de inculcarles desde la infancia, el debido respeto a las leyes y a los deberes ciudadanos. Por ejemplo, suele suceder que los niños pobres se asomen por las rendijas de las vallas que limitan los campos de juego de pelota, para presenciar los partidos sin pagar su ingreso a las tribunas; y aunque los policías vigilan el local para impedir que goce del espectáculo quien no pague su boleto, al ver a un niño que ansiosamente espía el juego, hasta olvidarse de que el guardián podrá

castigarlo, es frecuente que o le proporcionen dinero para su entrada, o simulen no advertir la falta del chiquillo.

Los jardines de niños son la mejor escuela que puede ofrecérseles. En ellos aprenden las leyes elementales de todas las ciencias. Como la naturaleza ha previsto que en los primeros años de su existencia el ser humano deba caer, al andar y al correr, al hombre le toca procurar a la infancia para sus juegos un lugar en que el piso sea clementemente blando, de arena suave y floja que no lastime el débil cuerpecito. Y puesto que de cada hecho que el infante observa, aún el más nimio, deduce una ley, en los parques adecuados se les proporciona ocasión de advertir cuanto se enseña a su imaginación absorta principios elementales: el movimiento, la variedad del color, la frecuencia de un mismo acto, la diversidad y la unidad en las flores, los árboles y las mariposas.

La galantería de la colonia norteamericana, es una colaboración muy estimable y plausible en la obra que hoy tratamos de realizar en favor de la raza. Por ella, cuya representación más genuina es el niño mexicano, quedamos muy reconocidos a tan nobles amigos.

(*Excelsior*. México. D. F.)

en el agujero, y estaba precisamente echando su cabeza hacia atrás con la más celestial sonrisa en la cara, cuando, de repente, quedó paralizado en la actitud de quien escucha, desvaneciéndose gradualmente la sonrisa de su rostro como el aliento sobre la pulida hoja de una navaja, y sucediéndole la más rara actitud de sorpresa. Después dijo: ¡Cómo! ¡no la oí caer! Aplicó su ojo en el agujero, nuevamente, y echó una larga mirada; alzó la cabeza y la movió; pasó al otro lado del agujero y echó otra mirada desde ese sitio; volvió a balancear la cabeza.

Consideró la cosa un momento y hasta después se puso a observar los detalles; caminó varias veces en redor del agujero, espíandolo desde todos los puntos cardinales. De nada le sirvió. Tomó ahora una actitud pensativa, en la cresta del techo, y se rascó la parte de atrás de la cabeza durante un minuto con su pata izquierda; finalmente dijo: Bien; esto es demasiado para mí; eso es lo cierto; seguramente que es un enorme agujero; sin embargo, no tengo tiempo de andar como un loco en derredor de él y debo ir rectamente al negocio; me parece que eso es lo debido, suceda lo que suceda.

Así, pues, voló y trajo otra bellota dejándola caer en el agujero y trató de poner su ojo en él suficientemente aprisa, para ver lo que sucedía con la bellota; pero por más que hizo no fué suficientemente aprisa. Mantuvo su ojo pegado al agujero por un minuto; después se levantó, suspiró, y dijo: ¡Maldita sea! no entiendo lo que sucede; sin embargo, no he de ceder.

Trajo otra bellota y se colocó de la mejor manera para ver lo que sucedía con ella, sin lograrlo. Entonces dijo: ¡Diablo! nunca había topado con un agujero como éste; mi opinión es que se trata absolutamente de una nueva especie de agujero.

Después empezó a enloquecer. Se le figuraba que era cosa de hechicería y caminaba de arriba abajo de la arista del techo meneando la cabeza y murmurando no sé qué cosas; pero, por fin, sus sentimientos ganaron la partida y se soltó echando ternos y maldiciéndose en su propia cara. Jamás había visto a un pájaro tomar a pechos una cosa tan pequeña. Cuando se dominó un poco, caminó hacia el agujero y volvió a espiar por medio minuto; entonces exclamó: ¡Bien, eres un gran agujero y un agujero profundo, y, de cualquier manera, un agujero verdaderamente singular; pero se me ha puesto en la cabeza llenarte, y ¡que me cuelguen si no te lleno, así me lleve cien años la tarea!

Y con esto se largó. Jamás habréis visto trabajar tanto como a éste, a un pájaro, en toda vuestra vida. Se pegó al trabajo como un negro, y la maner

LOS CUENTOS DEL REPERTORIO

El granero del grajo azul

POR MARK TWAIN

CUANDO comenzaba a entender correctamente el lenguaje de los grajos, me sucedió un pequeño incidente. Hace siete años el último habitante de esta región, salvo mi persona, la abandonó. Allí está su casa, vacía desde entonces; una casa de troncos con un techo de tablas; una gran estancia, y nada más; sin cielo raso; nada entre las vigas y el piso.

Bien; un domingo en la mañana estaba yo sentado aquí enfrente de mi cabaña, tomando el sol con mi gato, mirando las colinas azules, escuchando el murmullo solitario de las hojas en los árboles y pensando en mi casa, allá en los lejanos estados, de la cual no había tenido noticias en los últimos trece años, cuando un grajo azul se posó sobre la casa con una bellota en el pico y dijo: ¡Hola, me parece que me he encontrado algo!

Al hablar, la bellota se le cayó del pico y rodó techo abajo, por supuesto, pero sin que le importara nada. Toda su atención estaba en la casa que se había encontrado. Era el agujero de un nudo de la madera, en el techo.

El grajo movió su cabeza hacia un lado, cerró un ojo y colocó el otro en el agujero, como una zorra mirando en un botijo; después miró hacia arriba con los ojos brillantes, alzó dos o tres veces las alas—lo cual significa alegría—y dijo: «Parece un agujero; su colocación indica que es un agujero... ¡malhaya si no creo que es un agujero!»

Después ladeó nuevamente la cabeza y echó otra mirada. Esta vez se mostró perfectamente gozoso, movió de la misma manera alas y cola, y dijo: ¡Oh, no, no es muy grande, estoy seguro! Así, pues, voló hacia abajo, cogió la bellota, la llevó arriba y la dejó caer